CAPÍTULO XIV.

Al decir Jesucristo á María: *Hé ahí tu hijo*, le inspiró para con la Iglesia los tiernos sentimientos de una Madre. Del mismo modo, al decir á San Juan: *Hé ahí tu Madre*, inspiró á los fieles los sentimientos de un afecto filial respecto á María. Conformidad maravillosa de todas las naciones católicas en su amor y su veneracion á María. Esta conformidad no puede ser efecto sino de la palabra omnipotente de Jesucristo, de la infusion y de la permanencia de su espíritu en la verdadera Iglesia.

La declaracion solemne hecha por Jesucristo en la cruz, que hemos explicado en este libro, contiene dos partes. Por la primera estableció el Salvador á María Madre de la Iglesia (1); por la segunda estableció á la Iglesia, y por consiguiente á todos los fieles, hijos de María (2). Y supuesto que las dos partes de esta amorosa declaracion fueron pronunciadas en el mismo tiempo, en el mismo lugar y por la misma Persona, y que las dos forman uno de los más preciosos é importantes artículos del testamento de Jesucristo en la cruz, las dos tienen, por consiguiente, la misma fuerza, y deben producir los mismos efectos en las personas á quienes se dirigen. Ya hemos visto que por estas palabras, *Hé ahí tu hijo*, dirigidas á María, no sólo le dió Jesucristo el título, sino la cualidad misma, el co-

(1) Dicit Matri suæ... Ecce filius tuus. (*Joan.*, xix, 26.)
(2) Deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua. (*Ibid.*, 27.)

razon y el afecto de una Madre para con nosotros. Luégo, por las palabras dirigidas á San Juan, *Hé ahí tu Madre*, dió el Señor igualmente á la Iglesia y á los verdaderos fieles, no sólo el título, sino la cualidad real, un corazon y un afecto de hijos para con María. En efecto, estas últimas palabras fueron pronunciadas por Dios como las otras; ellas forman parte de la expresion de su última voluntad, lo mismo que las otras; como las otras, son palabras cuya eficacia obra y cumple lo que significan, y en el momento mismo en que lo indican; finalmente, ellas hicieron, lo mismo que las otras, una impresion profunda é indeleble, y despertaron sentimientos y afectos análogos en el alma de la Persona á quien fueron dirigidas.

Por un efecto de la palabra poderosa del Hombre-Dios, en aquellos instantes misteriosos é inefables, experimentaron, no sólo María, sino tambien San Juan ó la Iglesia, una revolucion verdadera en sus propios corazones; les sintieron cambiarse repentinamente, elevarse y nacer en ellos las dulces afecciones que convenian á los nuevos cargos que se les habian conferido. Por consiguiente, así como el amor tierno y maternal de María á la Iglesia data precisamente del Calvario y de la muerte de Jesucristo, el amor tierno y filial de la Iglesia á María data del mismo tiempo y del mismo lugar. Y para que no quedase duda alguna sobre la igualdad de los efectos maravillosos de las palabras del Salvador, tanto á María respecto á la Iglesia como á la Iglesia respecto á María, se valió el Se-

ñor de las mismas expresiones y de la misma frase, tanto para dar la Madre al discípulo, cuanto para dar el discípulo á la Madre, diciendo á Aquella: *Hé ahí tu hijo*, y á éste: *Hé ahí tu Madre*. La palabra *hé ahí*, cuya fuerza y cuyo misterio hemos explicado, se encuentra igualmente en las dos, y el giro de la frase es el mismo. Pues bien, expresiones semejantes indican ideas semejantes, intenciones semejantes, derechos y obligaciones semejantes. Esta es la razon de ese amor tan universal, tan constante, tan tierno y tan solícito de la verdadera Iglesia á María. Los soberanos pontífices y los obispos, los concilios generales y particulares, los padres y los doctores, las órdenes religiosas y militares, las universidades y las academias han celebrado siempre sus alabanzas á porfía, han favorecido su culto, han extendido su devocion, han defendido y vengado de la temeridad de los herejes sus altas prerogativas y los títulos de su grandeza. Los padres y los doctores, especialmente cuando hablan de María, parecen arrebatados por los sentimientos del afecto más profundo y del amor más tierno. Su entusiasmo se despierta, su elocuencia se anima, sus palabras son más felices y más enérgicas, sus miras y sus pensamientos se elevan lo mismo que sus sentimientos. Su elocuencia se hace entónces la elocuencia del corazon más bien que la del espíritu, y si la fe y la razon los guian, el amor es quien los hace elocuentes. Y en tanto que ciertos frios teólogos, extraños al verdadero espíritu de la religion, bajo el manto de un celo insen-

sato é hipócrita por la gloria del Hijo, acusan á los fieles de dar títulos demasiado elevados á la Madre, vemos que todos los padres se sirven para hablar de Ella, dice Señeri, de expresiones tales, que muchas veces es necesario interpretarlas prudencialmente, porque parecen demasiado exageradas. Y lo más singular es, que los padres de los primeros siglos de la Iglesia, los padres apostólicos, los que por lo mismo se hallan más cercanos á la tradicion cristiana, los Dionisios, los Ignacios, los Ireneos, los Epifanios y los Cirilos, son los más exaltados en las alabanzas que dan á María.

¡Ved cuántas festividades ha establecido la Iglesia para honrar á María, cuántas prácticas ha adoptado y permitido, cuántas preces magníficas ha compuesto, cuántos títulos pomposos le ha dado al celebrar sus grandezas y al implorar su proteccion en todas sus necesidades! ¡Ved cómo su nombre, el más dulce despues del de Jesus, ha sido introducido por la Iglesia en todos sus ritos, en todas sus ceremonias y en todas las prácticas de su culto! ¡Ved cuántas veces la honra durante el año, cuántas la celebra en el mes, cuántas la implora en la semana y la invoca en el dia, y con qué uncion, con qué confianza, con qué ternura y con qué alegría!

Y en todo esto nada hay de extraño. Desde que la palabra omnipotente de Jesucristo estableció á la Iglesia hija de María, y dió á los miembros de esta Iglesia el título y el corazon de hijos de María y el sentimiento profundo é indeleble de esta filiacion, lo mismo que

dió á María el de la maternidad; desde entónces, repito, no ha podido conducirse la Iglesia respecto á María ni ha podido hablar de Ella de otra manera, que como se ha conducido y hablado. Ella es hija, é hija verdadera, establecida y formada por Jesucristo, Hijo de Dios. Esta palabra lo dice todo y lo explica todo; ¿qué prueba de ternura y de amor podrá parecer excesiva cuando se trata de una hija respecto á su madre?

Ademas, la Iglesia es una hija abrasada de amor, mas de un amor tan puro, tan santo y tan tierno como el amor de Jesucristo, de donde dimana. Jesucristo, como ya hemos dicho, en aquellas circunstancias solemnes se colocó en nuestro lugar, y nos hizo pasar al suyo, ó más bien nos hizo una misma cosa con El. Por lo cual, no sólo dió á María el mismo corazon que El tiene para con nosotros, sino que tambien nos dió á nosotros el mismo corazon que El tiene para con Ella. La llama de la caridad divina, descendiendo de la cruz y saliendo del corazon del Redentor, en tanto que unas palabras tan suaves salian de su boca, abrasan á María y á San Juan, y hacen nacer en los dos el sentimiento de que estaba penetrado entónces aquel divino corazon. Entónces amaba como un tierno padre á los hijos de la Iglesia, representados por San Juan, y como el hijo más cariñoso á María, su generosa Madre; por consiguiente, esta caridad despierta en María el amor maternal más tierno respecto á nosotros, y en nosotros el amor más tierno respecto á María.

Observemos tambien, con San Pablo, que Jesucristo,

no sólo nos hizo hijos de su Padre celestial, que es Dios, sino que nos comunicó tambien su espíritu y su corazon, para que pudiésemos mirar y amar á este Dios como á nuestro verdadero Padre por gracia, á pesar de la distancia infinita que nos separa de El por naturaleza. Con el título, dice el apóstol, recibimos tambien el espíritu de esta adopcion sublime, de tal modo, que nuestro corazon se ha elevado hasta el punto de llamar á Dios, con un sentimiento profundo de confianza y de amor, nuestro Padre (1). El mismo apóstol añade que una de las operaciones interiores y secretas del Espíritu Santo es la de persuadirnos íntimamente que somos hijos de Dios, penetrarnos de los sentimientos correspondientes á esta filiacion, y conservarlos siempre vivos y eficaces (2).

Pues bien, lo que El hizo en nosotros respecto á su Padre, pudo hacerlo tambien respecto á su Madre. Por consiguiente, lo mismo respecto á Ella que respecto á su Padre, nos hizo participantes de su propio espíritu, de su propio corazon y de su propio amor. De ahí nace que todos estamos penetrados de la verdad de esta adopcion, y que nos sentimos inclinados á mirar, á amar y á invocar á María como á nuestra verdadera Madre.

Esta doctrina explica tambien el fervor y el entu-

(1) Accepistis spiritum adoptionis... in quo clamamus: Abba, Pater. (*Rom.*, VIII, 15.)

(2) Ipse enim spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei. (*Ibid.*, 16.)

siasmo de la devocion de todos los pueblos cristianos á María. Nosotros hemos visitado la mayor parte de Italia; por todas partes se nos ha dicho: *¡Oh! Nuestra poblacion es sumamente devota de María;* y el exámen nos ha convencido de la verdad del hecho. Pero tambien nos hemos convencido de otra cosa, y es, que la devocion á María es una devocion tan tierna, tan extraordinaria y tan afectuosa, que cada pueblo se cree el más devoto, y que esta devocion tan grande, tan afectuosa y tan tierna, que cada ciudad y cada pueblo cree practicarla él solo, es, sin embargo, la de todas las ciudades y la de todos los pueblos de Italia.

La misma observacion se presentará á todo el que quiera comparar una nacion con otra, aun fuera de Italia. Tomemos por ejemplo las dos naciones de Europa más apartadas por la distancia de los lugares, por el lenguaje, el gobierno y las costumbres, la España y la Polonia, al ménos ántes de los acontecimientos deplorables de estos últimos tiempos. Si se considera la España bajo el aspecto de que aquí tratamos, se creerá que no hay en la tierra un pueblo más fervoroso ni más devoto de María que el pueblo español; no sólo hay en él altares, santuarios, iglesias y establecimientos piadosos consagrados á la gloria de este dulce nombre, sino tambien instituciones puramente literarias, civiles, políticas y militares que le están dedicadas. Si se echa una ojeada sobre Polonia, se tendrá que hacer la misma confesion, porque se verá allí á María honrada, como en España, con toda clase de títulos y de homenages, y ademas invocada bajo el título especial de Reina de Polonia. Se convendrá sin duda en el mismo hecho si se compara la Francia á la Alemania, la Hungría á la Bohemia, la Baviera al Austria, la Irlanda á la Inglaterra católica, los latinos á los griegos, los armenios á los etíopes, el nuevo mundo al antiguo, los pueblos cristianos de muchos siglos á los nuevamente ilustrados por la fe. Por todas partes se verán los títulos de respeto más pomposos prodigados á María, fiestas multiplicadas en su honor, unas prácticas tan fervientes y un afecto tan particular, que cada uno de esos pueblos ó cada una de esas comarcas podrá creerse consagrado especialmente á María, y su pueblo privilegiado. Si esto puede decirse de cada pueblo en particular, es claro que se podrá decir de todos en general, y concluir que todas las naciones católicas tienen un mismo sentimiento y un mismo corazon respecto á María.

En todas sus necesidades se ve á los hijos recurrir á su madre. Del mismo modo, en las calamidades públicas y en las aflicciones privadas, en las necesidades del alma y en las miserias del cuerpo, en el tiempo de los azotes de Dios como en el de las persecuciones de los hombres, el clero y el pueblo, los príncipes y los súbditos, las ciudades y las provincias, todas las condiciones, todas las clases y todos los estados recurren siempre y en todas partes á María. El marinero la invoca en la tempestad, el enfermo en la enfermedad, el pobre en la indigencia, el afligido en la tribulacion, el

guerrero en el campo de batalla, y lo que es más, el pecador, en las miserias de sus hábitos y de su pecado, se vuelve á María, y no hay un cristiano tan degenerado y tan corrompido, que aun en el seno mismo de la licencia de las pasiones no conserve en el fondo de su corazon un resto de amor á María, que de tiempo en tiempo no vuelva hácia Ella la vista para implorar su piedad, y que no conserve una confianza secreta en su maternal proteccion. Los que ejercen el santo ministerio saben por experiencia que estas disposiciones remotas del pecador son muchas veces el canal por donde penetra la gracia en su corazon y se apodera de él.

Es una cosa muy singular que, habiéndose debilitado y entibiado con el trascurso de los siglos la piedad, el fervor y la santidad del cristiano, tomado individualmente, de tal manera, que la mayor parte de los cristianos modernos son, con respecto á los antiguos, lo que una pintura muerta al lado del original vivo, el culto de María, sin embargo, léjos de debilitarse, crece, se consolida y se extiende de dia en dia.

¿Cuál es la fiesta de María que no se celebre en todas partes con demostraciones de un gozo sincero y de una verdadera piedad? ¿Qué devocion, qué práctica nueva se establece en su honor, que al momento no se arraigue, se propague y se perpetúe, á pesar de las blasfemias de la incredulidad, los delirios de la herejía y los sarcasmos de la indiferencia? ¿Qué libro se imprime en su alabanza, que no sea buscado al mo-

mento con avidez y leido con entusiasmo? El culto de María es, pues, superior á las pruebas del tiempo, que todo lo debilita, todo lo deteriora y todo lo destruye.

Un sentimiento tan unánime, tan universal, tan profundo, tan constante y tan tierno de los católicos respecto á María, no puede ser efecto del celo de un individuo ó de una corporacion, por más influyente que sea y por más que se empeñe en propagarla; porque jamas una causa particular y privada ha podido producir un efecto tan comun y tan general.

Es necesario, pues, recurrir á una causa más elevada y más poderosa, á una causa que obra en los corazones é imprime en ellos instintos religiosos, cuya razon no puede designarse; sentimientos que no se prescriben, inclinaciones tan constantes al traves de las más tristes vicisitudes, y tan universales entre pueblos diferentes en caractéres y en costumbres, que no pueden obtenerse jamas por medios puramente humanos. Es necesario, pues, atribuirlo á ese espíritu de catolicismo que guia á la Iglesia y es como su alma, al espíritu mismo de Jesucristo, que permanece en la Iglesia hasta el fin del mundo para inspirarle la armonía de la fe en la creencia de las mismas verdades, y la armonía del amor en la práctica de las mismas obras de religion y de piedad.

Es necesario reconocer en esto el efecto de la palabra maravillosa de Jesucristo, que al dar á María un amor sagrado, un corazon de madre para con los verdaderos fieles, dió á éstos un amor y un corazon de hijos

para con María. Y ¿qué extraño es que unos hijos, desde el momento en que tienen noticias de su parentesco, se entiendan sin hablarse, á pesar de la distancia que los separa, y que, sin ponerse de acuerdo, convengan en los honores que tributan á su Madre, en la confianza con que la invocan, en el entusiasmo con que celebran sus alabanzas y en la ternura de su amor, si un instinto comun, recibido con la gracia de la fe, les inspira y les persuade estos sentimientos?

CAPÍTULO XV.

El culto de María, la devocion á la Madre de Dios es una señal de la verdadera fe. Los herejes no entienden este misterio de amor; al blasfemar de las prácticas católicas respecto á María, se creen sabios, y no son otra cosa que insensatos; se dicen ilustrados, y viven en tinieblas.

Esta es una de aquellas leyes de que Dios habia anunciado, por boca de un profeta, que al tiempo de la redencion las escribiria El mismo, no sobre piedra, sino en el corazon de los hijos de los hombres (1); porque, en efecto, este sentimiento de devocion y de amor á María, y de confianza en su intercesion y en su proteccion, se encuentra, más ó ménos tierno, más ó ménos ferviente, en el corazon de todos los verdaderos católicos.

Nosotros no sabemos darnos razon de él, y sin embargo, no podemos desprendernos de él miéntras permanezcamos católicos, porque no somos nosotros los que lo hemos hecho nacer en nuestro corazon. La misma gracia que nos ha hecho hijos de la Iglesia, nos ha dado igualmente este sentimiento filial respecto á María; indicio cierto de que no se conoce verdadero catolicismo sin la devocion de María, ni verdadera devocion de María fuera del catolicismo.

(1) Legem meam... in corde eorum scribam. (*Jerem.*, xxxi, 33.)